
A LA MEMORIA DEL PROFESOR CARLOS DE LA TORRE (1858-1950), SOCIO HONORARIO DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA NATURAL.

PROF. ENRIQUE BELTRAN,
Leído por el Secretario Perpetuo de la
Corporación, en la sesión del 18 de
agosto de 1950.

El 19 de marzo de 1938, la Sociedad Mexicana de Historia Natural celebró una sesión solemne, a la que concurren el Secretario de Relaciones Exteriores y el Encargado de Negocios de la hermana República de Cuba. En esa ocasión se puso en manos del representante diplomático de la Perla de las Antillas el Diploma que confería al decano de los naturalistas cubanos, Don Carlos de la Torre y Huerta, el carácter de Socio Honorario de nuestra Corporación.

Fue el Dr. de la Torre el primer miembro Honorario de nuestra agrupación. Quisimos, con su elección, testimoniar nuestro aprecio a uno de los más brillantes zoólogos latinoamericanos, así como nuestro fraternal afecto para los naturalistas de un país tan cercano a nosotros, y con el que nos unen sinceros lazos de afecto, tradiciones comunes y problemas científicos similares en más de un aspecto.

Las ciencias naturales cubanas se desenvuelven aún bajo la sombra venerable del ilustre maestro Don Felipe Poey y Aloy, discípulo y amigo que fue del gran zoólogo Georges Cuvier y, por más de medio siglo, catedrático de Zoología y Mineralogía en la Universidad de la Habana, donde aun parece alentar su espíritu brillante y generoso, guiando a los actuales investigadores por el sendero que tan brillantemente marcara el maestro.

Jordan, hablando de Poey, nos dice que en su patria era reconocido “como un sabio maduro y un caballero de amplia mentalidad” y recuerda una de sus frases favoritas: “Como naturalista no soy español, sino cosmopolita”, que frecuentemente repetía en la lengua que aprendiera en sus años mozos, cuando estudiaba en Francia al lado del brillante fundador de la Anatomía Comparada y la Paleontología de los Vertebrados; de quien aprendió tantas cosas buenas pero de quien también, desgraciadamente, recibió su animadversión hacia la idea de la evolución de los organismos, que el sabio cubano conservó hasta el fin de sus días.

Felipe Poey fue un infatigable escrutador de los secretos y tesoros de la Naturaleza en muchos de sus campos, pero los peces constituyeron siempre objeto de su particular predilección, y el estudio de los mismos es parte medular en la obra de Poey; en sus “Memorias sobre la Historia Natural de la Isla de Cuba”, así como en el “Repertorio” y en la “Enumeratio”, la rica fauna ictiológica de la Isla es concienzudamente estudiada. Colocados nuestros litorales atlánticos en la misma región zoogeográfica que los de la Perla de las Antillas, frecuentemente hemos de recurrir a las obras del sabio cubano para obtener datos de muchas de las especies de peces y otros animales que pueblan nuestras costas.

El año de 1891, después de una carrera larga y fecunda —había nacido en 1799—murió don Felipe Poey y Aloy; el Museo de la Universidad de la Habana y la Sociedad Cubana de Historia Natural llevan orgullosamente su nombre. Maestro de Don Carlos de la Torre, alguno de los biógrafos de Poey dice que “tuvo la más difícil de las sabidurías: la de formar otro sabio”.

En efecto, desaparecido Poey, y muerto también un lustro después el infatigable Juan Gundlach, Don Carlos de la Torre y Huerta quedó como la primera figura entre los naturalistas cubanos, y mantuvo esa posición por cerca de medio siglo.

Nació en la risueña población de Matanzas, el 15 de mayo de 1858, recibió las primeras enseñanzas de su propio padre, un distinguido pedagogo, y a su lado hizo el hijo sus primeras armas en la docencia, realizándola en la escuela primaria. Ingresó luego al Instituto de la Habana, donde en 1874 obtuvo el grado de Bachiller en Artes, con nota de sobresaliente. Pasó a la Universidad, y ahí inició su contacto con Don Felipe Poey quien, entusiasmado por la clara inteligencia y el apasionado amor al trabajo de su joven discípulo lo liga estrechamente a su persona. En 1881, cuando ha realizado ya numerosas excursiones por todos los ámbitos de la Isla y reunida una apreciable colección malacológica, obtiene en la propia Universidad de la Habana, y también con nota de sobresaliente, el

grado de Licenciado en Ciencias Naturales.

Al año siguiente se traslada a España, y se doctora en la Real Universidad de Madrid con una tesis titulada "Distribución Geográfica de los Moluscos Terrestres de la Isla de Cuba, en relación con sus sierras vecinas". De ahí en adelante, aunque asomándose ocasionalmente a otros campos, el estudio de los moluscos cubanos sería una de sus preocupaciones fundamentales. Todavía a los 84 años de edad, en 1942 publica, junto con Bartsch y Morrison, en el Boletín del Museo Nacional de los Estados Unidos, su clásica y extensa monografía "The Cyclophorid Operculate Land Mollusks of America".

Después de doctorarse en la Metrópoli regresó a Cuba, pero marchó pronto a Puerto Rico a servir una cátedra de Historia Natural, conquistando en esa Isla un prestigio tan sólido, que la poetisa Lola Rodríguez de Tió hablaba de él como "el sabio sin canas".

Habiéndose presentado a oposición para la Cátedra de Anatomía Comparada en la Universidad de la Habana, en cuyo tribunal figuró nada menos que Don Felipe Poey, salió muy airoso de la prueba, obteniendo el ambicionado puesto: aunque pasaron todavía algunos años antes de que la decadente Metrópoli cumpliera los trámites requeridos para que pudiera entrar a ocuparla.

Cuando la Guerra de Independencia ensangrentó al país, Don Carlos se vio obligado a abandonar su patria marchando a Francia, donde se relacionó estrechamente con los naturalistas del Museo de París y los de la Sorbona. Estuvo también en Londres, donde fue admitido como clasificador de moluscos en el Museo Británico.

Terminada la guerra se reintegró a su patria, para continuar en su cátedra. La agitada vida de la nueva República inflamó su amor patrio y lo obligó a conectarse transitoriamente con la vida pública, habiendo sido uno de los fundadores del Partido Nacional Cubano, así como Alcalde de la Habana en 1902, entre otras cosas. Sin embargo, su vocación no era seguramente la política, y pronto se reintegró al trabajo científico.

En su cátedra de la Universidad, lo mismo que en el Museo Poey y en cuantas instituciones científicas estuvo ligado, fue en muchos aspectos continuador de la obra de su maestro Poey. Pero no siguió a éste en su posición antievolucionista, sino que, por el contrario, fue sostenedor y propagandista incesante de la Teoría de la Evolución.

En 1912 la Universidad de Harvard le confiere el grado de Doctor en Ciencias *Honoris Causa*, y en la presentación que de él se hace para tal distinción se le describe como "Hombre de Estado y naturalista, el primero en el conocimiento de los moluscos del Golfo mexicano, descubridor de fósiles que han revolucionado la historia geológica de Cuba".

Desde entonces don Carlos recordará con gran cariño a la ilustre Universidad americana, en la que labora su íntimo amigo, y también gran investigador de la historia natural de Cuba, el Dr. Thomas Barbour, director del Museo de Zoología Comparada.

Años después, en ocasión del segundo Centenario de la Universidad de La Habana, en enero de 1930, la casa de estudios antillana, a su vez, confería a Barbour el grado de Doctor *Honoris Causa*; y don Carlos de la Torre, hizo su presentación en términos inflamados:

"Doctor Thomas Barbour, explorador infatigable, compañero entusiasta de labores científicas, ayer hermano mío en el Alma Mater de Harvard, hoy otra vez hermano en ésta, tu nueva Alma Mater, porque serviste tan noble y desinteresadamente la causa de la Ciencia en bien de la cultura y de la Humanidad; porque, especialmente, prestaste tan altos servicios al adelanto de las Ciencias Naturales en Cuba y al progreso de nuestra enseñanza superior, la Universidad de La Habana, por iniciativa de la Facultad de Letras y Ciencias, va a consagrarte Doctor *Honoris Causa* y de este modo, así como el nombre de mi maestro venerado D. Felipe Poey, quedó para siempre unido al de Luis Agassiz, tu preclaro antecesor en el Museo de Zoología Comparada, puedan también nuestros nombres permanecer unidos en la historia científica de nuestras Universidades, como unidos están nuestros corazones por vínculos inquebrantables".

El Dr. de la Torre, para bien de su patria, logró reunir en sus actividades los cuatro aspectos fundamentales que contribuyen a que la huella de un hombre de ciencia sea imperecedera: fue investigador, que llegó a conocer como ninguno de sus contemporáneos la fauna de Cuba, especialmente en relación con los moluscos fue autor fecundo que, a través de sus numerosas publicaciones, logró que el nombre de su país fuera conocido y estimado en todo el mundo; fue organizador, como lo prueba su participación en la fundación y su larga dirección, del Museo Poey, así como la organización y gestión presidencial en la Sociedad Cubana de Historia Natural; y por último fue también maestro eficiente, que logró crear una joven y vigorosa generación de naturalistas cubanos, capaces de continuar

su obra.

Efectivamente, al morir don Carlos, queda en la escena científica cubana una pléyade de entusiastas naturalistas que habrán de continuar la obra del maestro. Su enumeración sería muy larga, pero entre ellos podemos entresacar a Carlos Guillermo Aguayo, malacólogo distinguido y director de la Revista de la Sociedad Malacológica Carlos de la Torre; a Luis H. Howell Rivero, ictiólogo y oceanógrafo, en una época miembro de la facultad en la Universidad de Harvard; Abelardo Moreno, profesor de Zoología y Secretario de la Facultad de Ciencias, a quien de la Torre, en una carta que nos escribió en 1942 mencionaba como su "discípulo predilecto", y que junto con Ramona Fernández de Moreno, viene realizando una interesante cruzada en favor de la protección de la naturaleza en Cuba; Pedro Joaquín Bermúdez, geólogo y paleontólogo de amplia reputación; Isabel Pérez Farfante, zoóloga y malacóloga, Luis René Rivas ictiólogo; Mario Sánchez Roig y José T. Acosta, médicos y naturalistas, Ildefonso Pérez Viguera, helmintólogo, y otros muchos más que son tributo viviente a la memoria del maestro desaparecido.

Hace seis meses, el 19 de febrero de 1950, a la avanzada edad de 92 años, y después de una vida fecunda, puesta siempre al servicio de la ciencia y de su patria, falleció don Carlos de la Torre y Huerta, zoólogo y maestro venerado, decano de los naturalistas cubanos.

La Universidad de La Habana, enlutó sus aulas con negros crepones y los hombres de ciencia de todo el mundo rindieron tributo de su admiración al desaparecido.

La Sociedad Mexicana de Historia Natural se conmovió también por la muerte de quien desde hace doce años contaba en la reducida y selecta nómina de sus Socios Honorarios. Como antes dijimos, el Dr. de la Torre fue el primer naturalista a quien nuestra Corporación, después de su reorganización en 1936, concedió tan alta categoría, que hasta la fecha no ha sido otorgada sino a muy contadas personas.

Al cumplirse hoy seis meses de su fallecimiento, hemos querido rendirle un homenaje, modesto pero sincero, dedicándole una sesión y, en ella dando lectura a estas breves notas que, inadecuadas para referirse a tan destacado hombre de ciencia, pueden considerarse como tributo que los zoólogos mexicanos hacemos a un destacado colega antillano.

Por afinidad de problemas, los naturalistas cubanos y los mexicanos tenemos mucho en común, y cuanto más se estrechen los lazos que afortunadamente unen y han unido siempre a nuestros dos países, mayores serán los beneficios recíprocos que se obtengan en la obra conjunta de arrancar sus secretos a la Naturaleza.

Al rendir hoy merecido homenaje a la memoria de don Carlos de la Torre y Huerta, Socio Honorario de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, los naturalistas mexicanos estrechamos en fraternal abrazo a nuestros colegas de Cuba, y nos unimos a ellos para recordar a quien tanto hizo por el progreso de la ciencia que todos nosotros cultivamos.